

SANTA HILDEGARDA DE BINGEN

LIBER DIVINORUM OPERUM

LIBRO DE LAS OBRAS DIVINAS

PRIMERA PARTE



PRIMERA VISIÓN DE LA PRIMERA PARTE

Situación de la maravillosa visión de qué trata la obra siguiente, descripción detallada de cierta imagen divina que aparece en forma de hombre y descripción de su vestido y de todo lo que hay a su alrededor.



I. Y vi como en el centro del cielo austral surgía la imagen de Dios, con apariencia humana, bella y magnífica en su misterio. La belleza y el esplendor de su rostro eran tales que mirar al sol hubiera sido más fácil que mirar aquella imagen. Un ancho círculo dorado ceñía su cabeza. En el mismo círculo, sobre la cabeza, apareció otro rostro, el de un anciano, cuyo mentón y barba rozaban la coronilla del cráneo de la imagen. A cada lado del cuello de esta imagen brotó un ala, y ambas alas se irguieron por encima del mencionado círculo dorado y allí se unieron la una a la otra. El punto extremo de la curvatura del ala derecha llevaba una cabeza de águila, sus ojos de fuego irradiaban el esplendor de los ángeles como en un espejo. En el punto extremo de la curvatura del ala izquierda había algo como un rostro humano que brillaba como relumbran las estrellas. Y estos dos rostros miraban hacia oriente. Además, desde cada hombro de la imagen bajaba otra ala hasta sus rodillas.

La imagen estaba revestida por una túnica tan resplandeciente como el sol y en las manos tenía un cordero que brillaba como la deslumbrante luz del día. Bajo los pies aplastaba un monstruo de forma horrible, venenoso y de color negro, y una serpiente. La serpiente hincó su boca en la oreja derecha del monstruo, su cuerpo se enrolló alrededor de la cabeza del monstruo, y llegaba con la cola hasta sus pies por el lado izquierdo de la figura. Y la mencionada imagen decía:

Palabras pronunciadas por la imagen por las cuales se entiende el amor, que se denomina vida ígnea de la substancia de Dios, y explicación de los múltiples efectos de su potencia en las diversas naturalezas o cualidades de la creación.

II. Esta imagen dijo: "Yo soy la energía suprema y abrasadora, Yo soy quien ha encendido la chispa de todos los seres vivientes, nada mortal mana de Mí, y juzgo todas las cosas. Con mis alas superiores vuelo sobre el círculo de la tierra y al cubrirlo con mi sabiduría lo ordeno rectamente. También la vida abrasadora de la sustancia divina, arde sobre la belleza de los campos, reluce en las aguas y arde en el sol, en la luna y en las estrellas, y con el hálito celestial suscito la vida en todos los seres, vivificándolos con la vida invisible que todo lo sustenta. En efecto, el hálito vive en el verde del bosque y en las flores, las aguas fluyen como si estuvieran vivas, y también el sol vive por su luz y, cuando la luna declina, resurge la luz del sol a una nueva vida, y también las estrellas resplandecen con su claridad como si estuvieran vivas.

También he colocado las columnas que aguantan todo el globo terráqueo. Igualmente he creado a los vientos que tienen a su servicio las alas de los vientos más débiles, estos vientos suaves sujetan a los vientos más fuertes que ellos, a pesar de su debilidad, para que no se manifiesten peligrosamente, tal como el cuerpo protege y contiene el alma para que no se disuelva. Y como la respiración del alma rehace el cuerpo y lo fortalece para que no muera, así los vientos más fuertes animan a los vientos a ellos sometidos para que desarrollen de manera adecuada su tarea. Por lo tanto, al ser Yo energía de fuego que está en ellos de manera invisible, ellos se encienden gracias a Mí, como la respiración es la causa por la cual el hombre se mantiene constantemente en movimiento y como la

llama vive en el viento abrasador.

Todas las cosas en su esencia están vivas y no han sido creadas en la muerte, porque Yo soy vida. También soy la capacidad de razonar, por cuanto tengo el hálito de la palabra sonora, por la cual toda criatura ha sido engendrada. Y en la creación de todas las cosas he introducido mi soplo de tal forma que ningún ser de la creación es efímero en su especie, porque Yo soy la vida. Soy vida íntegra y perfecta, que no ha manado de las piedras, ni florece de las ramas ni tiene origen gracias a la semilla de un macho, sino que todo lo que es vital ha brotado de Mí. La capacidad de razonar es una raíz que, sonando, hace florecer en ella misma la palabra. Y puesto que Dios es racional, y ya que toda su obra llega a floración perfecta en el hombre creado a su imagen y semejanza, ¿cómo podría ser que no se aplicara a inscribir en el hombre a todas las especies siguiendo un orden? El deseo de Dios desde la eternidad fue que su obra, es decir el hombre, fuera hecho, y cuando hubo cumplido esta obra suya, le confió a todas las criaturas para que el hombre pudiera trabajar sirviéndose de ellas. De esta manera Dios hizo su obra, es decir, el hombre.

Yo soy el sostén de todo, porque todas las cosas vitales reciben su ardor de Mí. Mi vida es la misma en la eternidad, vida que no ha tenido principio y no tendrá fin. Cuando se pone en movimiento y actúa es Dios, y, aun así, esta única vida se divide en tres energías vitales. La eternidad es el Padre, el Verbo el Hijo, el aliento que los conecta se denomina Espíritu Santo. Igualmente, Dios quiso representar esto en el hombre con tres elementos: cuerpo, alma y razón. Mis llamas dominan sobre la belleza de los campos, es decir la tierra, la materia con la cual Dios formó al hombre. Tal como penetro en las aguas con mi luz, el alma penetra el cuerpo entero, y tal y como el agua riega toda la tierra, así el alma fluye por todo el cuerpo. Si digo que estoy ardiendo en el sol y la luna, es una alusión a la inteligencia: ¿no son las estrellas las innumerables palabras de la inteligencia? Y si mi soplo, invisible vida, mantenedor universal, despierta el universo a la vida, significa que las cosas que viven y crecen deben al aire y al viento su subsistencia según los dones de su naturaleza, alejados de la nada.

Dios ha representado en el hombre, hecho a su imagen y semejanza, a todas las criaturas. Tras la caída del hombre, Dios lo restableció únicamente por la benevolencia de su amor a través de su Encarnación y lo colocó en la felicidad que el ángel caído había perdido. Esto se muestra en el significado alegórico de la visión.

III. Oí de nuevo la misma voz del cielo, se dirigió a mí en estos términos: "Dios, que lo creó todo, formó al hombre a su imagen y semejanza. En él representó a todas las criaturas superiores e inferiores. Lo quiso con un amor tal que le reservó el sitio del que fue expulsado el ángel caído, y le reservó toda la gloria y todo el honor que el susodicho ángel había perdido. La visión que contemplas muestra este hecho. Pues esa imagen que ves como en el centro del aire austral, una imagen bella y maravillosa en el misterio de Dios, parecida a una figura humana, es la que, con la fuerza de la eterna divinidad, bella en su elección y admirable en los dones secretos del Padre Supremo, se denomina amor. Amor que se muestra al

hombre, porque cuando el Hijo de Dios se encarnó, redimió al hombre perdido con el servicio del amor.

Por esta razón este rostro es de tal belleza, de tal claridad, que sería mas fácil contemplar al sol que contemplar este rostro, porque la generosidad del amor del Hijo se encuentra en tanta excelencia y brillantez de sus dones, que traspasa cualquier inteligencia del saber humano mediante el cual entiende el alma la variedad de las cosas, de forma que el hombre no es capaz de abarcar en todo su sentido esta generosidad. Y sin embargo aquí se muestra por señales, para que a través de ellas se pueda conocer en la fe lo que no puede ser visto claramente por la vista más despierta.

La fe devota abraza la excelencia de la divina caridad, y por su medio Dios se reconoce Uno en la Trinidad. Cómo Dios mismo custodia a los hombres con el mérito de la fe y los reconduce al cielo.

IV. El ancho círculo dorado que rodea completamente la cabeza de la misma faz, quiere decir que la fe católica, difundida por toda la tierra, surge con el extraordinario resplandor de la primera aurora. Esta fe abraza con toda su devoción la excelencia de esta generosidad del amor verdadero, cuando Dios redimió el hombre por la vía de la Encarnación de su Hijo, y lo confirmó con la infusión del Espíritu Santo. Así, el único Dios se reconoce en su Trinidad. Él, el Dios sin principio en el tiempo, Él, el Dios que, desde toda la eternidad, estaba incluido en su deidad.

En el mismo círculo, más arriba de la primera cabeza, se ve otro rostro, el de un anciano. Significa que la excelsa benevolencia de la divinidad, sin origen ni término, viene en socorro de los creyentes. El mentón y la barba rozan el cráneo del primer rostro, ya que la divinidad, al disponer y proteger todas las cosas, alcanza la cumbre de la suprema caridad, al determinar que el Hijo de Dios, en su Encarnación, recondujera al hombre perdido a su hogar, al Reino de los cielos.

El amor a Dios y al prójimo no pueden separarse de la virtud fortalecida por la fe.

V. De cada lado del cuello de la figura brota un ala. Ambas se levantan por encima del círculo del cual se ha hablado, y ahí se unen la una a la otra. Esto quiere decir que no es posible separar el amor de Dios y el del prójimo, cuando se expresan dentro la unidad de la fe por la energía divina del amor y cuando abrazan la fe en un supremo deseo. Cuando, despojados al mismo tiempo que Adán del vestido celestial, estos dos amores pasan una temporada en las sombras de la muerte, la santa divinidad oculta a los hombres el fulgor inconmensurable de su gloria.

Cualquier persona sometida a Dios con humilde devoción, inflamada con la ayuda del Espíritu Santo, aunque sea pecador se supera a si misma, supera al diablo y es como los ángeles, que exultantes por la bondad de los justos alaban juntos la omnipotencia de Dios.

VI. En el punto extremo de la curvatura del ala derecha, ves una cabeza

parecida a la de un águila con los ojos de fuego. En ellos se reflejan como en un espejo las cohortes de los ángeles. Cuando un hombre se pone al servicio de Dios en lo más hondo de una sumisión gloriosa, cuando domina a Satán, se eleva y goza de la felicidad de la protección divina. Cuando su corazón se exalta con el ardor que lo lleva hacia el Espíritu Santo, cuando vuelve hacia Dios su mirada, los santos espíritus se revelan con claridad luminosa, para ofrecerle a Dios el regalo de su corazón.

El águila representa a los hombres de fe que con toda la devoción del corazón dirigen su mirada a la contemplación de Dios con la misma frecuencia que los ángeles. Así los espíritus bienaventurados que dirigen constantemente su mirada a Dios disfrutan de las buenas obras de los justos y las muestran en ellos mismos, perseverando de este modo en la alabanza a Dios, sin cansarse nunca, ya que nunca pueden agotar su plenitud. ¿Quién podría contar nunca las inconmensurables obras maravillosas que Dios obra con la energía de su omnipotencia? ¡Nadie! El fulgor de los ángeles es como una múltiple combinación de reflejos vistos como en un espejo, porque nadie es capaz de obrar como Dios ni tiene tanto poder como Dios. Nadie se le asemeja, porque además no está en el tiempo.

Desde la eternidad todas las cosas estaban en Dios, pero no como en un lugar, y cuando las creó se fueron diferenciando las unas de las otras según su número, orden, espacio y tiempo.

VII. Todas las cosas que Dios ha obrado las ha tenido en su presencia antes del principio de los tiempos. Ya que, en la pura y santa divinidad, todas las cosas visibles e invisibles aparecieron sin instante y sin tiempo antes de todos los tiempos, tal como los árboles o cualquier otra criatura cercana a las aguas es visible en ellas, y aunque no esté en ellas con el cuerpo, sin embargo en el agua aparecen cada uno de ellos con forma corpórea.

Cuando Dios dijo: ¡Hágase!, todas las cosas se revistieron enseguida de su forma, aquella forma en que la presciencia divina las contempló en su incorporeidad antes de los tiempos. En efecto, igual que todos los objetos situados delante de un espejo se reflejan en él, así en la santa divinidad aparecen todas sus obras sin edad y sin tiempo. Y del mismo modo en que por el obrar de su presciencia divina Dios se quedaría vacío, al dar cuerpo a toda su obra, cuando ejerciera plenamente cuanto corresponde a su potencia divina, todo lo previó sabiendo, conociendo y proveyendo que todo eso siempre estuviera ante Sí.

De la misma forma que un rayo luminoso revela la forma de una criatura por la sombra que proyecta, así la pura presciencia de Dios contemplaba cada una de las formas de todas las criaturas antes de que tomaran cuerpo, porque la obra que Dios se disponía a realizar, antes de que la misma obra tomara cuerpo, resplandecía en el seno de su presciencia y en su semejanza. De la misma forma el hombre percibe el resplandor del sol antes de poder contemplar el sol mismo. Y como el resplandor indica el sol, así los ángeles manifiestan a Dios con su celebración de alabanza, pues como que es imposible que el sol se aleje de su luz, asimismo la divinidad nunca carece de la alabanza de los ángeles. El hombre

contiene en si mismo al mismo tiempo, la presciencia y el trabajo divino.

El diablo y los ángeles desertores de la justicia, que anteriormente tenían gran poder, fueron reducidos por su ingratitud y soberbia hasta el punto de no tener ningún poder sobre ninguna criatura, si no en cuánto les es permitido por la voluntad del cielo.

VIII. Entonces, una innumerable cohorte de ángeles quisieron existir por ellos mismos, ya que en cuanto vieron la claridad de su gloria magnífica, su resplandeciente belleza y su plenitud centelleante, se olvidaron de su Creador. Y todavía antes de empezar la alabanza divina, creyeron en sí mismos, en que el fulgor de su gloria era tan grande que sería irresistible. Intentaron así obscurecer el fulgor de Dios. Sin embargo, cuando se dieron cuenta que nunca podrían limitar a Dios en los milagros que obraba, horrorizados, se desviaron de él.

Y esos mismos que deberían haberlo glorificado, a causa de su equivocada opinión sobre su propio resplandor, afirmaron qué deseaban elegirse otro Dios. Así se sumergieron en las tinieblas, reducidos a una impotencia tal que ya no podían actuar sobre ninguna criatura, más que con el permiso del Creador. Dios había dotado al primero de todos los ángeles, Lucifer, con toda la plenitud de la belleza que había dado a la creación y de la cual también resplandecía toda su cohorte. Cuando Lucifer eligió el camino del error, se puso más horrible que todos los seres horribles, y la santa divinidad, con el poder de su cólera, lo precipitó al lugar que está privado de cualquier luz.

El hombre que se dispone a imitar la justicia de su Creador, cuando se aparta de la irracionalidad propia de las bestias, empieza a brillar con el resplandor de la naturaleza racional.

IX. El rostro humano que aparece en el punto extremo de la curvatura del ala izquierda brilla como refulgen las estrellas. He aquí el significado: cuando, llegados a la cima de la humildad victoriosa nos consagramos a la defensa de nuestro Creador, cuando rechazamos todos los ataques que embisten el flanco izquierdo, entonces adoptamos el rostro humano. Nos apartamos de la existencia bestial, para vivir conforme a la dignidad que nos enseña la naturaleza del hombre. Revelamos así nuestras buenas intenciones en las obras justas y buenas, y brillamos como lo hace un extraordinario manantial luminoso.

Por la Palabra de Dios que dijo “Hágase la luz”, fue creada la luz racional, es decir los ángeles y, ya que algunos de ellos cayeron de la santidad, el Señor hizo otra vida racional, que se cubriría de carne, el hombre, destinado a ocupar el lugar y la gloria de los ángeles caídos.

X. Cuando Dios dijo “Hágase la luz”, nació, en aquel momento, la luz de la razón, es decir, los ángeles, tanto aquellos que se mantuvieron con Dios en la plenitud de la verdad, como los que cayeron en las tinieblas exteriores vacías de toda luz, rechazando que Dios fuera el verdadero manantial de luz que persiste desde

toda la eternidad en una gloria anterior a cualquier origen. Por esto deseaban crear una obra parecida, lo cual es absolutamente imposible. Entonces Dios hizo surgir otra vida, que revistió de un cuerpo, el hombre. Al hombre, Dios le otorgó el lugar y la gloria del ángel caído y le encargó completar la gloria de Dios, cosa a la cual el ángel se había negado. Indicamos así con ese rostro humano a todos los que, aunque entregados al mundo con el cuerpo, sin embargo en espíritu están constantemente al servicio de Dios y, a los que, a pesar de la suma de sus obligaciones profanas, no olvidan el servicio de Dios, el patrimonio del espíritu. Si los rostros mencionados miran hacia levante es porque, tanto los religiosos como los laicos que anhelan ser siervos de Dios y conservar con vida sus almas, tienen que volverse hacia el origen de la vida santa y hacia el manantial de la salud.

Dios, al acoger en la fuerza de su amor a los predestinados, los nutre mediante la infusión de los dones del Espíritu Santo con todo aquello que necesitan.

XI. Además, de cada hombro de la imagen arranca otro ala que baja hasta las rodillas, porque con la fuerza de la caridad el Hijo de Dios recogió en torno a sí tanto a los justos como a los pecadores. A los que vivieron rectamente según el derecho, los lleva sobre los hombros, y a los otros, sobre las rodillas porque su llamada los ha desviado de la vía de la injusticia. Por eso a veces de la misma forma llevamos nuestras cargas en los hombros y a veces en las rodillas. Efectivamente, la ciencia de la caridad conduce al hombre a la plenitud de la perfección en el alma y en el cuerpo, aunque en muchas ocasiones no logre mantener la estabilidad que se basa en la rectitud.

Cuando los dones del Espíritu Santo recaen sobre el hombre, empapados de pura y santa generosidad, le enseñan el saber espiritual y celestial en cantidad suficiente, y también lo instruyen en las cosas terrenales para satisfacer las necesidades del cuerpo. Pero aun así y a pesar del consuelo de tantos dones espirituales el hombre se siente débil, caduco, mortal.

El Hijo de Dios, al asumir la naturaleza de la humanidad sin contagio de pecado, y adoptar la carne, exhortó a la penitencia a publicanos y pecadores y los salvó en virtud de su fe en él.

XII. El vestido que lleva nuestra imagen tiene el fulgor del sol porque es una alusión al Hijo del hombre que por amor se revistió un cuerpo de hombre, parecido a la belleza del sol pero sin la suciedad del pecado. El sol domina todas las criaturas y resplandece en lugares tan altos que ningún hombre puede alcanzarlos. Igualmente, sin la fe, no comprenderemos nunca, en su ser, la Encarnación del Hijo de Dios.

La imagen de la que hablamos lleva en sus manos un cordero resplandeciente como la luz del día, ya que, en las obras del Hijo de Dios, el amor manifestó la mansedumbre de la verdadera fe que resplandece por encima de todo, cuando eligió entre los publicanos y los pecadores a sus mártires, confesores y penitentes. Él ha convertido en justos a los sin-Dios, como convirtió a Saulo en Pablo, de modo que, sobre las alas de los vientos, todos fuéramos exaltados a lo más profundo de la armonía de los cielos. Así pues, el amor completó su obra, progresivamente,

cierto, pero con toda claridad y con precisión para evitar todo punto débil y también para que reinara en este lugar una plenitud absoluta. No es, pues, trabajo humano, ya que el hombre, cuando tiene una pequeña posibilidad de hacer algo, mantiene su propósito con dificultad, y cuando consigue el resultado, está impaciente por mostrarlo a los demás.

Que el hombre reflexione sobre el pájaro, cuando sale del huevo y todavía no tiene alas, no se apresura a volar, espera a fortalecer las alas, pero en cuanto las plumas han brotado, vuela donde le parece.

La imitación del amor del Hijo de Dios, que destruyó al diablo con su cruz, también anula ahora la discordia y el resto de vicios entre los creyentes y reduce a la nada al antiguo seductor del género humano.

XIII. La imagen pisa con los pies un monstruo horrible, de color negro y venenoso, y también aplasta una serpiente. Significa que el amor verdadero deshace el daño de la discordia acentuada por sus múltiples vicios, horrible por las muchas perversidades, venenosa por el engaño y negra por la perdición que acarrea. También destruye a la vieja serpiente que acecha al creyente, siguiendo las huellas del Hijo de Dios, puesto que el mismo Hijo de Dios lo ha destruido sobre la cruz. Si la serpiente tiene entre los dientes la oreja derecha del monstruo, si se le enrosca por todo el cuerpo pasándole por el encima de la cabeza, si le pasa la cola por el lado izquierdo hasta los pies, es porque el diablo simula a veces su engaño con disfraz de benefactor. El diablo inculca la discordia e, inculcando suavemente todo tipo de vicios aquí y allá, al fin demuestra que es el amo de la perversidad, de la consumación más execrable, de la discordia. Ciertamente, la serpiente muestra ser más astuta en maquinaciones que el resto de los otros monstruos. Con su astucia destruye todo lo que puede, y se transforma en cuanto haya de peor. Los diversos colores de sus escamas designan sus males.

Así hizo Satanás, ya que cuando se percató de su belleza quiso asemejarse al Creador, y esto es lo que la cabeza de la serpiente insinúa en el oído del hombre. Y no dejará de hacerlo hasta el día del juicio final, tal y como indica su cola. El amor, por consiguiente, persiste en los círculos eternos, no tiene tiempo, como la brasa en el fuego. En su eternidad, Dios previó todas las criaturas, El las creó en la plenitud del amor para que el hombre, en su compañía, no careciera ni de consuelo ni de ayuda, y las ató al hombre como la llama está ligada al fuego. Dios creó el primer ángel, como ya se ha dicho, engalanado con múltiples adornos, pero cuando este ángel se vio a si mismo, concibió gran odio contra su Señor y quiso ser él Señor. Dios lo precipitó en la profundidad del abismo. Desde entonces, todos los transgresores susurran su mal consejo al oído de los hombres. Y el hombre consiente.

Adán y Eva se dejaron persuadir por el diablo que los envidiaba, y perdieron la gloria del vestido celestial, es decir la inmortalidad.

XIV. Cuando Dios creó al hombre, lo revistió de un vestido celestial que resplandecía con gran gloria. Pero Satanás vio a la mujer y reconoció en ella a la madre en cuyo seno se alojaría un gran mundo posible. Entonces trató de vencer

a Dios en su misma obra con la misma perversidad con que se revolvió contra Dios, haciendo de modo que la misma obra de Dios, el hombre, se aliase con el diablo. Fue entonces cuando, una vez comida la manzana, la mujer se sintió otra, dio la manzana al hombre, y ambos perdieron su vestido celestial.

Dios tuvo piedad de ellos, y para castigar la culpa de la transgresión los expulsó del paraíso y los envió a esta tierra de destierro. Quien viole la fidelidad del matrimonio instituido por Dios debe sufrir su dura venganza, a menos que se arrepienta.

XV. Sin embargo, después Dios dijo: ¡Adán!, ¿dónde estás? Estas palabras significan que Dios tenía siempre presente que había creado al hombre a su imagen y semejanza y que deseaba atraerlo de nuevo a su lado. Adán revistió él mismo su desnudez con el producto de su trabajo servil y se fue al destierro. Se cubrió con una piel de oveja en lugar del vestido de luz, lo mismo que había cambiado el paraíso por el destierro.

Luego Dios unió a la mujer con el hombre con un juramento de fidelidad, para que esta fidelidad recíproca no sea nunca destruida. Así, la mujer y el hombre que Dios unió, forman una armonía semejante a la unión del cuerpo y el alma. Quienquiera que rompa el juramento de fidelidad y persista en su error, encontrará el exilio de Babilonia, es decir, una tierra caótica y baldía, en perpetua aridez, alejada del verdor de los prados fecundos. Es decir, carente de la bendición de Dios. Y la venganza de Dios recaerá sobre él hasta la última línea de la descendencia que la sangre recalentada de este hombre genere, porque un pecado de esta clase afecta hasta a los descendientes.

En la predicación del Hijo de Dios encarnado, que da origen al pueblo espiritual, se ejecuta la promesa que Dios dio a Abraham diciéndole que su descendencia se multiplicaría como el número de las estrellas del cielo.

XVI. Tal y como Adán es el padre de todo el género humano, así el pueblo de los hombres de fe brota del Hijo de Dios hecho carne en la virginidad de su naturaleza. Este pueblo fructificará conforme a los términos de la promesa que Dios hizo a Abraham por el ángel, y su descendencia será tan numerosa como las estrellas del cielo. Está escrito: "Mira hacia el cielo, y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas. Pues así será tu descendencia. Abraham creyó en Dios y éste se lo computó en justicia" (Gén 15, 5-6). Esto se interpreta así: tú que adoras y que veneras a Dios con buena voluntad, observa los misterios de Dios y valora el pago de los méritos de los que día y noche

resplandecen frente a Dios, en la medida en qué tú puedas, hombre abrumado por el fardo del cuerpo. Mientras el hombre saboree toda la vida las cosas de la carne, será incapaz de comprender completamente las cosas del espíritu. Esta certeza se muestra al hombre que, con fatiga, se afana para devolver honor a Dios con rectitud y con suspiros del corazón. De este modo la semilla de tu corazón se multiplica y se dirige a la luz, porque has sembrado en un campo fértil, regado por la gracia del Espíritu Santo, y florecerá y resplandecerá frente a la suprema majestad de Dios y lucirá una infinidad de santas virtudes como las estrellas que brillan en el firmamento. Por esta razón, quien tiene fe confiada en la

promesa divina, quien tiene a Dios en la cima de la fe verdadera, quien desprecia lo terrenal y aspira a lo que es celeste, será contado como justo entre los hijos de Dios, porque ha querido la verdad y no ha cultivado el engaño en su corazón.

Dios escogió a la Virgen Maria, de la estirpe de Abraham, que creía en Él y le obedecía. De ella nacería como hombre, Cristo, fundador y rector de la nueva generación espiritual.

XVII. Dios conocía que el corazón de Abraham era inmune a la astucia de la serpiente porque sabía que sus actos no hacían daño a nadie. De este justo, de su descendencia, eligió una tierra durmiente, completamente ignorante del gusto de aquel fruto que había permitido a la antigua serpiente engañar a la primera mujer. Esta tierra, prefigurada por la vara de Aarón, es la Virgen Maria. En su gran humildad, ella es la cámara nupcial del rey, la habitación sellada. Una vez recibido el mensaje que le anunció el deseo del rey de residir en los pliegues de su seno, miró la tierra de la que estaba hecha y se llamó sierva de Dios. La mujer engañada no actúa así, solo desea poseer aquello a lo que no tiene ningún derecho. Así la obediencia de Abraham, durante la prueba a la que Dios le sometió cuando le enseñó un carnero enganchado en un espino, prefigura la de la Virgen bienaventurada. Ella también creyó en la palabra del mensajero de Dios, y deseó que fuera hecho en ella lo que la anunciaron. Y por esto el Hijo de Dios, prefigurado por el carnero en la mata, se revistió de carne.

Cuándo Dios prometió a Abraham una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo, fue una previsión de que su descendencia se acrecentaría hasta alcanzar la plenitud del número de los astros del firmamento. Y Dios lo llamó padre de todos los herederos del reino de los cielos porque Abraham creyó fervientemente en Dios.

Que todo hombre que tema y que ame a Dios abra su corazón a estas palabras y sepa que no es un hombre quien las pronuncia para la salvación del cuerpo y el alma de los hombres, sino Yo, el que soy.